



AUTORA:
PAZ OLIVARES

CHRISTIANE POOLEY

La superación del posmodernismo

Desde las vanguardias del pasado siglo, el arte se ha convertido en pura intelectualidad. *Fountain* de Marcel Duchamp, *Merda d'artista* de Manzoni o *Brillo Box* de Warhol son ejemplos que declaran que la obra de arte sólo tiene un sentido funcional. El objeto artístico desaparece como tal para mostrar desnudo un concepto que el espectador -o los museos, o los críticos- analiza desde la subjetividad. Esta especial sensibilidad posmoderna del siglo XX, que muchos atribuyen a la concepción de la historia del arte como una disciplina progresiva según la cual una vez que sabes qué es el propio arte ya no hay nada más que crear, en realidad está sustentada sobre la filosofía dualista mente-cuerpo expuesta por Descartes. Desde él, pasando por Sartre o Foucault, se le ha dado supremacía absoluta al sujeto pensante (al *cogito*) lo que ha tenido como consecuencia que la existencia, lo

real, no sea más que el resultado de una conjetura. El valor de las obras de arte se fija entonces en función de esa conjetura, que es lo mismo que decir que una pieza artística no tiene valor por sí misma. Y de este modo, el relativismo extremo de la suficiencia posmoderna ha dictaminado que el arte ha muerto.

No es cierto que el arte haya muerto; lo que está muriendo es el *cogito* cartesiano. Lo estamos viendo en jóvenes artistas del arte emergente, como la chilena Christiane Pooley, que explora la relación entre obra y espectador desde otra perspectiva filosófica. También se intuye en la obra de Peter Doig y Luc Tuymans, referentes claros de Pooley, pero es a través de las piezas de esta última donde se observa de forma más clara la búsqueda de una nueva estética en la que se recupera la dignidad de la obra, su valor como acto expresivo.

El tema central de la pintura de Pooley es la figura humana, el cuerpo. Desde este motivo tra-

duce la visión del filósofo coetáneo de Sartre, Maurice Merleau-Ponty, conocido por *La Fenomenología de la Percepción* en la que éste se situaba contrario a la concepción dualista del hombre y defendía la visión del ser humano como una unidad global “en la que no puede distinguirse la expresión de lo expresado”. El cuerpo no es un conjunto de carne y órganos donde la mente está encerrada. El cuerpo es gesto, es intención y expresión; se explica y reafirma en cada uno de sus movimientos; dice de su existencia por sí sólo. Somos conciencia perceptiva. Por eso, Christiane Pooley fragmenta las figuras. Según el *Principio de la relación entre figura y fondo* de la psicología de la Gestalt, estudiado también por Merleau-Ponty, el cerebro no puede interpretar un objeto como

figura y fondo al mismo tiempo. Pooley hace desaparecer o confundir la silueta de los dos cuerpos representados en la serie *Anima e corpo* con el fondo de la pintura; nos obliga a emplear la percepción activa para completarlos, apela a nuestra visión primordial, a nuestra imaginación, que es la que recrea y configura de nuevo el motivo, proyecta la perspectiva y recompone el horizonte. A través de los ojos vemos lo que no está dibujado. Captamos el gesto, la intención y reconocemos la obra. Merleau-Ponty dirá que toda conciencia es conciencia perceptiva. A través de Pooley es fácil experimentar esa certeza.

En los rostros vacíos de *Opus for left eye* intuimos miradas y expresiones que son nuestros; suplimos las ausencias de los brazos o las piernas con nuestras posturas, las que nos explican y dicen lo que somos, las que nos delatan. Entramos en la escena del cuadro. La intención de la obra se transforma en nuestra. Dice Merleau-Ponty: “Antes de cualquiera, la cosa realiza este milagro de la expresión: un interior que se revela al exterior, una significación que irrumpe en el mundo y se pone a existir, y que sólo se puede comprender completamente buscándola en su sitio con la mirada”; es decir, hay



una relación equilibrada entre obra y espectador. Ambas intenciones se necesitan mutuamente para que el acto comunicativo de la contemplación de una obra artística, exista. La obra de arte es “*una bisagra entre los otros y yo, entre yo y yo mismo, la consecuencia y la garantía de nuestra pertenencia a un mismo mundo*”, según el filósofo. Pooley se empeña en que esa bisagra sea fuerte, que inspire confianza y autenticidad. Sabe que es la premisa de una buena relación. Como el acto mismo de pintar forma parte del proceso comunicativo de la obra, lo muestra con seguridad en cada trazo. Casi podemos seguir el movimiento de la muñeca de la artista siguiendo el rastro de la pintura. A veces ésta se derrama en el lienzo cuando empapa la brocha y descubrimos la espontaneidad del gesto. No hay disimulo en su acto, no hay pose ni ocultación. La autora tiende la mano hacia el espectador sin avergonzarse o enorgullecerse por ello, sólo ocupa su lugar en el mundo.

Y es aquí que se abre la dimensión social en la obra de Christiane Pooley: desde el espacio común que todos compartimos. En la serie *On Belief*, expuesta en la pasada SUMMA ART de Madrid, retrata la crisis española desde unos personajes pintados a óleo y esmalte sobre PVC o polyester -el lienzo habría sido un soporte demasiado noble para el tema elegido-. En los cuadros las figuras guardan cola, o están sentados esperando no se sabe muy bien qué; todos juntos, pero aislados en un espacio que recrea una atmósfera fría, azul, blanca, de baja presión. Pooley dibuja un estado anímico en el que todos nos vemos representados. Nos es fácil completar las escenas; las hemos vivido demasiadas veces: la postura indolente, el aburrimiento, la impaciencia, el aturdimiento, la sensación de estar fuera del tiempo, fuera del espacio, fuera del vértigo de la actividad. El aspecto social de *On Belief* reafirma la superación del posmodernismo porque el tema central de la obra ya no es la obra misma. Ya no se habla sobre la función crítica de una lata de sopa o sobre el sentido metafórico de una calavera de diamantes. El arte

deja de ser autorreferencial. Hay otros temas ahí fuera. El mundo existe, no es un concepto mental; el cuerpo lo ocupa, lo percibe, lo experimenta, lo disfruta y lo sufre, lo comparte y lo habita con los otros, lo modifica y es modificado por él. Como dijo mejor Merleau-Ponty: “*El mundo real, el percibido, no sólo es mi mundo, sino aquel en que veo esbozarse las conductas del otro*”.

En ese mundo real, en el percibido, la obra de arte recupera su dignidad porque la reconocemos como conciencia perceptiva; porque salvando al cuerpo de la cosificación, se revaloriza la dimensión expresiva del objeto artístico.

Más allá de teorías filosóficas o críticas estéticas, lo mejor de Christiane Pooley es que intenta dar sentido a lo que no sabe si lo tiene; anhela encontrar verdades universales en medio del relativismo posmoderno; se muestra sincera aun conociendo la ironía; se empeña en construir explorando la deconstrucción; oscila entre el desapego y la afección apasionada -características todas ellas que describen lo que ya se llama *Meta-modernismo*-. Desde esta nueva sensibilidad, el trabajo de Pooley propone un diálogo en el que nos invita a descubrir nuestra naturaleza desde un lugar distinto. Un lugar donde lo natural es tener la necesidad de sentir y expresar, donde la reflexión está unida a la emoción. Un lugar en el que, le pese a quien le pese, la obra de arte tiene sentido.

